Programa xxIv Festival Nacional del Cante de las Minas.

Agosto I984.

Los cantes mineros fuera de su espacio geográfico natural

Angel Alvarez Caballero

Me gustaría que alguien explicara qué es lo que ocurre –y por qué ocurre– con los cantes mineros y levantinos fuera de su espacio geográfico natural es decir fuera de esta tierra cantaora cuyos centros capitales serían Cartagena y La Unión.

Porque a este paso corremos el riesgo de que se perpetue esa especie de ruptura existente entre el cante de aquí y el del resto de España, con la *madre* Andalucía por delante. Esto no es bueno para el arte flamenco, y en primer lugar no es bueno para el flamenco levantino, que es el que se queda prácticamente sin proyección fuera de sus lares familiares. Aquí vienen a actuar regularmente las grandes figuras del cante, el baile y el toque andaluces, cada año en el Concurso Nacional del Cante de las Minas se les da un espacio privilegiado, pero es muy raro que de Barcelona, de Madrid

o de Andalucía llamen a los grandes nombres de aquí, que los hay, aunque ciertamente muy pocos.

Pero esos pocos debieran tener una aceptación nacional como la de cualquier otro nombre de lo flamenco a su nivel. Lo vimos en las últimas fiestas de San Isidro en Madrid, donde el Círculo de Bellas Artes programó dieciséis noches flamencas. Una de ellas fue para artistas levantinos, y un Manolo Romero, una Encarnación Fernández, un Pencho Cros, se codearon muy dignamente con los Sordera y los Menese, los Lebrijano y los José Mercé, los Chaquetón y los Rafael Romero... Y para una gran parte del público aquellos eran prácticamente desconocidos, y escucharles fue una auténtica –y muy grata– sorpresa.

El problema está, pues, en que hay pocos valores, y esos pocos se *venden* mal. A la hora de programar un gran festival en Andalucía (y se programan bastantes más de cien cada verano) nadie se acuerda de contratar a una Encarnación Fernández o a un Manolo Romero, por citar sólo los dos nombres que actualmente me parecen más *exportables:* ¿por qué? Encarnación grabó un excelente disco hace un par de años, y ese disco no se encuentra, por ejemplo, en las tiendas del ramo de Madrid: ¿por qué? ¿Por qué esas voces y las de otros son prácticamente desconocidas para la gran afición flamenca del resto del país?

Está demostrado que la organización cada año del Concurso Nacional del Cante de las Minas, con todo lo meritoria que es y el esfuerzo que exige, no basta en cuanto a la proyección exterior del arte flamenco autóctono. A La Unión acudimos por ese motivo unos pocos muy específicamente interesados, o gentes que veranean en las proximidades. Unas cuantas notas en los medios de comunicación tampoco justifican demasiado. Además se cometieron errores que desvalorizaron un certamen que sólo comparte con el de Córdoba el honor de ser nacional, el principal de ellos que se premiara repetidamente a cantaores sin calidad que justificara el premio, desconocidos antes de acudir a La Unión y desconocidos después, y más vale que sigan siéndolo para siempre.

Los estilos mineros y levantinos, pues, si se siguen cantando fuera de su zona matriz, es porque los cantan algunos grandes cantaores de Andalucía –Camarón, Chocolate, Fosforito, Menese...–, seducidos por su belleza y musicalidad, que un día sedujeran también a Don Antonio Chacón. Aún así el repertorio se limita a tarantas, cartageneras y tarantos. Los gitanos cantan el taranto porque lo cantó Manuel Torre, creando su genial "Donde estará mi muchacho" y dejándolo ahí para siempre. ¿Pero quién se acuerda de las mineras, las murcianas, las levanticas, los cantes de madrugá, los fandangos mineros...?

Habrá que buscar un remedio para esta situación, si no se quiere correr el riesgo de que en un futuro quizás no muy lejano tan hermosos estilos se hayan convertido casi en una rareza arqueológica. Hay que sacar los cantes mineros y levantinos al ancho mundo, integrarlos con todas las consecuencias en el más amplio espectro de todo lo que llamamos arte flamenco. Y esto han de hacerlo los artistas autóctonos, quienes deben conocer mejor que nadie y en toda su autenticidad esas formas propias y únicas. Dénseles los apoyos necesarios, pero deben hacerlo ellos, sin esperar a que otros lo hagan por ahí a su aire, y, a lo peor, sin los mínimos requisitos de pureza exigibles.